

De la Barra: Un Pionero

por Sebastián Salazar Bondy

En este vasto y complicado escenario americano, donde se dan, al mismo tiempo, los más encontrados casos humanos —desde el hombrecillo que maldice su condición natal hasta el violento autócrata que intenta arrasar con todos los obstáculos, o desde el primitivo que existe en páramos y selvas, en la inicial edad, hasta el refinado y exquisito gozador de los más sutiles placeres— no es fácil, pero tampoco es imposible, hallar esas personalidades singulares cuya misión esencial parece ser la de impulsar a los demás al logro de empresas sustanciales. En realidad, en cada actividad nacional, el progreso se debe a la obra de estos individuos a quienes mueve un apetito incansable de creación y, parejamente a él, una manera de proceder plena de sencillez y cordialidad. Ellos mismos —cabe pensar— no saben hasta qué punto su labor es histórica, pues suelen sorprenderse cuando alguien, en acto de justicia, se lo advierte. Poseen los rasgos del "pionero": alegría, vitalidad, empuje, voluntad infatigable. A esta clase de hombre pertenece Pedro de la Barra, Director del Teatro Experimental de la Universidad de Chile, quien desde hoy, en la madrugada, se halla entre nosotros.

Dentro y Fuera del Trabajo

Conocí a De la Barra en su trabajo, precisamente en la época en que había, como anualmente lo hace, de rendir cuentas a la asamblea de la institución. Es necesario advertir que el funcionamiento democrático de aquella entidad es implacable. Al cabo de la jornada de diez meses, los socios (y los son quienes fundaron el Teatro y quienes, luego de haber egresado de la escuela de arte dramático, han cumplido dos años de prueba) se reúnen para escuchar la memoria de su Director. Después de que éste ha leído su minuciosa memoria, cada asambleísta inquiere, critica, protesta, aplaude, según su opinión y personal punto de vista. El Director contesta las objeciones, explica el por qué de tal o cual hecho, responde a las interrogaciones sin soslayarlas o decapitarlas. Desde 1941 hasta la fecha, el sistema se ha desenvuelto a la perfección. Conocí, pues, a De la Barra en los días en que cumplía esta tarea. Cualquiera hubiera dicho que lo hacía por primera vez, tanto era su entusiasmo y tan grande se manifestaba su espíritu de trabajo. El sabía que enfrentarse a sus compañeros y colegas significaba asumir, una vez más, su responsabilidad, y no es un misterio que nunca faltan quienes esperan la primera falla de una persona para echárselo encima con voracidad de buitres.

De la Barra poseía en su quehacer profesional el mismo ánimo que fuera de él: fué una comprobación estimulante. En la conver-

sación amistosa, en la calle, en la relación con los demás, continúa siendo ese permanente creador de ideas y obras que es en su despacho de la calle Huérfanos. Sus dos rasgos más saltantes, el optimismo y la insatisfacción con lo mucho que ha conquistado, lo acompañan todo el tiempo. Últimamente, descontento porque la fabulosa misión que se impuso de rescatar al teatro de su marasmio esté reducida a su país, ha comenzado a obsederlo la idea de que es necesario que el prodigio se produzca en toda América. A juzgar por los frutos que ha rendido el afán que puso en marcha en Santiago hace catorce años, podemos tener la seguridad de que sus propósitos actuales serán alcanzados. A ese objetivo obedece su visita a Lima, que prolongará hacia otros países de este hemisferio. Tiene en mente ahora suscitar el ambiente indispensable para realizar en alguna de nuestras capitales un congreso latinoamericano de gentes de teatro y, si es factible, un festival dramático con la presencia de conjuntos independientes de la mayor cantidad de países latinoamericanos.

Una Ambición: América

Quien era hace catorce años sólo un profesor de liceo es hoy, sin duda alguna, la figura más destacada del teatro de hispanoamérica. Han sido catorce años de lucha sin cuartel. Desde el 22 de junio de 1941 en que el Teatro Experimental de la Universidad de Chile puso en escena, en el Teatro Imperio de la capital del Mapocho, un entremés de Cervantes y un esperpento de Valle Inclán, a estos días, ha corrido mucha agua por debajo de los puentes y ha habido para Pedro de la Barra, en consecuencia, éxitos y derrotas. Ni aquéllas lo envanecieron ni éstas lo sumieron. Hoy, cuando el "TEJ-EH" cuenta con un amplio local propio, está organizado en diversos departamentos, mantiene una excelente temporada, lleva el arte dramático a las provincias y a los sindicatos, y cumple una labor de extensión cultural invaluable. Pedro de la Barra sueña con que toda América participe de esta fiesta espiritual. Ha comenzado a "arañar América", como él mismo ha dicho, y confía así llegar a su más profundo meollo. Este hombre de aspecto popular, cabello desordenado, ojos vivos, ademanes expresivos, actitud siempre disponible; este "huaso" de corazón americano, que ríe y trabaja, que emprende y obtiene, que se propone una noble finalidad y, contra todo, la consigue, autor de una valiosa pieza teatral —"Viento de Proa"— y creador de todo un movimiento de arte escénico; este amigo intachable, está en Lima y ya es de los nuestros. Que reciba nuestra hospitalaria bienvenida.